

20 céntimos

—¿Qué resultado obtiene usted, señor de Percebea?...
—N —, y — a g .
—¿Enemas y masaje? ¡Pero hombre, yo le he dado á usted un problema y resuelve usted un cólico.



Con el próximo arribo del mes de Diciembre han hecho su aparición en las calles de Madrid los clásicos puestos de turrónes, y en los escaparates de las tiendas las no menos clásicas figuritas de mazapán.

Y como, además de las futuras Pascuas, se nos ha venido encima un cambio político, los turrónes de las calles han coincidido con los *turrónes* del presupuesto.

Ante la próxima combinación de gobernadores, más de un romanista de toda la vida irá a su casa feliz y contento con una caja de turrón debajo del brazo y con un nombramiento en el bolsillo interior de la americana.

—¡Ya era hora!— dirá su esposa al verle entrar.

—Mujer, si no es tarde; son las dos menos cuarto.

—No; si digo que ya era hora de que la nación premiara tus méritos concediéndote un Gobierno civil de tercera clase.

—Ya ves; el Conde es hombre muy agradecido y nada olvidado; todavía se recuerda de aquel *embuchado* de mil doscientos votos que les *metimos* a los conservadores en Guadalajara, hace siete legislaturas.

—¿Y no te ha dicho nada de darte una cartera?

—No, mujer, todavía no; eso vendrá luego, cuando el Presidente pueda disponer de todas las prebendas.

—Oye, ¡cómo me gustaría que fueras ministro de Estado!... Me es muy antipático ese García Prieto!

—Pues yo, ya ves tú; preferiría *pisarle* el puesto a Práxedes Zancada. Y no creas que será muy difícil, pues le tiene bastante *hincha* el Conde y el Sr. Moret; este último, el otro día, le echó del salón de sesiones.

—¡Me alegro, por cursi!

—¿Has visto qué manera de subir la de ese muchacho? Y, en cambio, yo, aquí me tienes: gobernador de Cuenca a los cincuenta y tres años.

—¡Injusticias que hay!

—Bueno, mira; vamos a probar este turrón, a ver si es bueno, y le enviaremos una docenita de cajas al Conde, para que me tenga en cuenta en la próxima combinación de altos cargos.

Estos y otros diálogos se suelen escuchar en las casas de los amigos del susodicho Conde. Los romanistas piensan *afincarse* en los escalones del presupuesto, y no se resignan, hoy que han llegado a su ideal, a que el auge de D. Alvaro Figueroa no dure más que hasta Enero,

—*Tendremos* el decreto de disolución—dicen—y *haremos* Cortes nuestras.

Y lo tendrán, ¿qué duda cabe?... Todo es que se lo proponga —y cuentan que ya se lo ha propuesto—el mefistofélico Conde...

**

Ya ha aparecido en *La Gaceta* el famoso decreto de la no menos famosa reforma de la policía.

La reforma en cuestión es transcendental, transcendentalísima; de esas reformas capaces de conmover los cimientos de una vaste organización.

Sí, señores; la reforma tan cacareada consiste... en que desde ahora se ha de llamar Dirección General de Seguridad lo que antes se denominaba Jefatura Superior de Policía gubernativa y Jefatura de Seguridad y Vigilancia. (¡Vaya un titulito!)

Eso es todo... Digo, todo no; también consiste la reforma en... nombrar Director General de Seguridad al Sr. Méndez Alanís.

Para mayor claridad, se crea también una Inspección de Vigilancia con funciones completamente distintas y perfectamente diferentes de la arriba indicada Dirección General de Seguridad.

Es decir, que un individuo comete un delito, y lo primero que hay que hacer es ver si ese delito cae dentro de las funciones de la Dirección General de Seguridad ó de las de la Inspección de Vigilancia.

Una vez visto esto, la entidad encargada de la busca y captura del delincuente se pone al habla con el Gobierno civil—al cual se le vuelve a conceder que intervenga en algo más que en los incendios—, y con el tercio correspondiente de la Guardia civil, que ambas dependencias han de colaborar con la Dirección de Seguridad ó con la Inspección de Vigilancia.

Y, una vez de acuerdo todos, se procede a nombrar los individuos que han de buscar al que delinquirá.

Pero da la casualidad de que, como salen diariamente de Madrid una porción de trenes, el que cometió el delito—mientras la policía se pone de acuerdo—ha tomado tranquilamente un billete de tercera clase, se ha metido en el tren... ¡y ha tenido tiempo de llegar hasta la Cochinchina!

Que es, exactamente, lo que ha venido ocurriendo hasta ahora con el matador de Vicenta Verdier y con otros cuantos distinguidos asesinos.

Pero, señor, ¿por qué nos meteremos a reformar las cosas, si siempre da la casualidad de que están mucho peor que estaban antes?...

Mingo Revulgo.

Al pie de la letra.

—Pascual, sigue mi consejo:
no trasnoches más, no bebas,
porque la vida que llevas
no es para llegar á viejo;
déjate ya de conquistas,
que tú no eres un Tenorio;
basta de andar de jolgorio
con toreros y coristas;
acaben ya esos amores
de bastidores, Pascual,
¡porque es muy perjudicial
el amor de bastidores!
Y yo creo firmemente
que de tales amoríos
sólo sacas los pies fríos
y la cabeza caliente.
Debes buscar una esposa
que te quiera, que te mime,
que en lo que vales te estime
y haga tu vida dichosa.

Yo, como tú, era un perdido
que bebía sin medida
y me pasaba la vida
en la taberna metido.
y yo, por las cien cuestiones
que á diario solía armar,
llegué á hacerme popular
en todas las Prevenciones.
Pero vi por vez primera
á la que hoy es mi mujer,
y al punto dejé de ser
el eterno calavera.
Por la cuenta que te tiene
deja esta vida azarosa,
y busca pronto una esposa,
que eso es lo que te conviene.

—No cabe la resistencia;
hay que seguir su consejo,
que, aunque mi amigo no es viejo,
tiene sobrada experiencia—,
pensó el bueno de Pascual
avergonzado y corrido,

ya resuelto y decidido
á ser un hombre formal.
Y desde aquel mismo instante,
confiado en su fortuna,
se decidió á buscar una
esposa tierna y amante.
Y al fin la halló sin un pero;
una esposa deliciosa...
¡precisamente la esposa
de su amigo y consejero!
Cuando éste lo supo todo,
convertido en un chacal,
al amigo desleal
buscó y dijo de este modo:
—¿Con que, tras de aconsejarte,
te portas así conmigo?
—Pues ¿sabes lo que te digo?
¡Que ni debes enfadarte,
ni es justo que se me arguya
de ese modo por tal cosa.
Me has dicho: "Busca una esposa,
¡y yo he buscado la tuya!

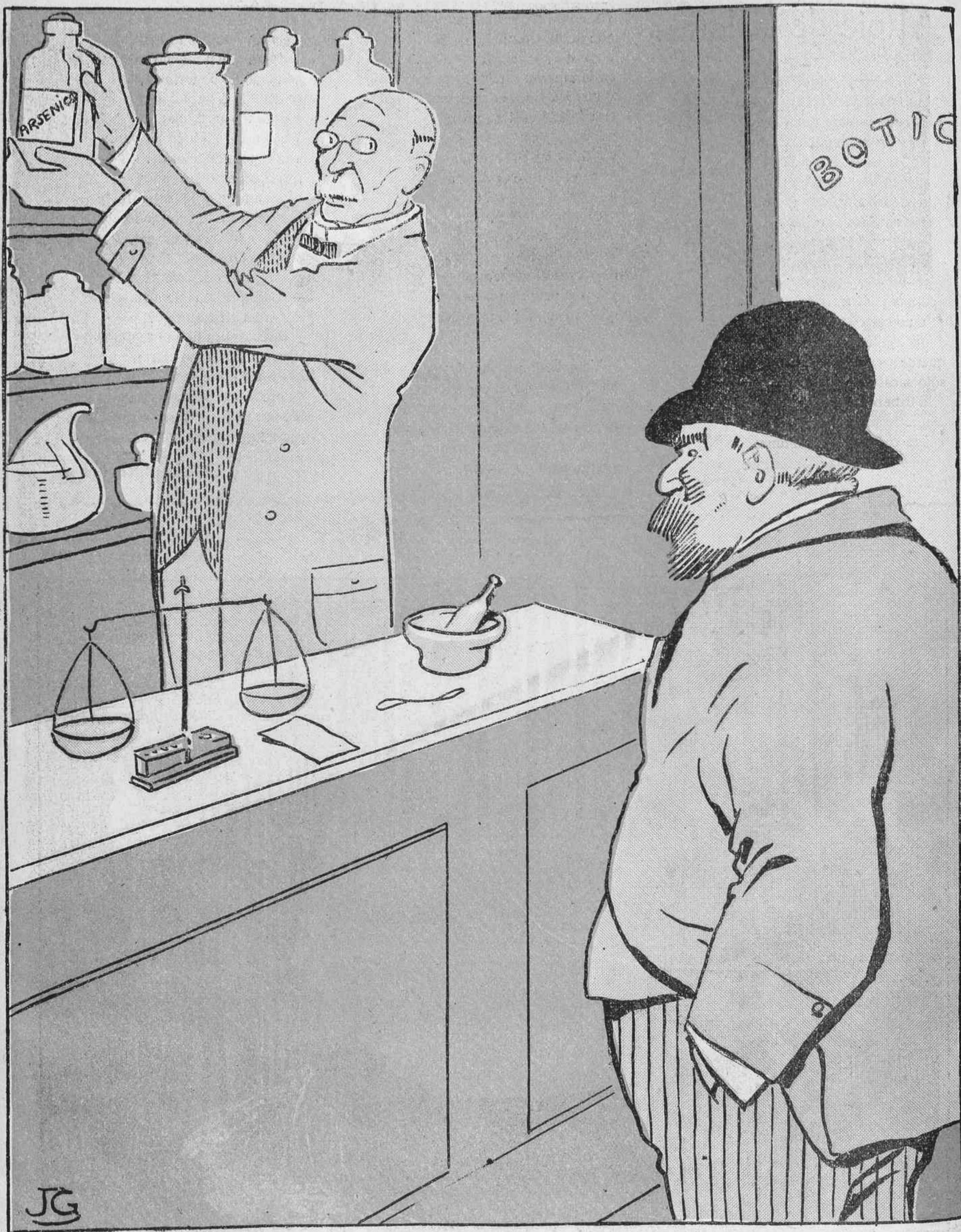
Manuel Soriano.

EL PROXIMO DEBUT



—Pues, nada, no hay que apurarse; con cuatro cuplés picarescos, dos trajecitos de lentejuelas [y] el nombre de un pintor clásico para los carteles... se acabó eso de ir á la compra todas las mañanas.

EN LA FARMACIA



—¿Veinte gramos nada menos?... ¡Ni que fuera para una bestia feroz!
—Precisamente; como que son para mi suegra.



María Guerrero y Fernando Díaz de Mendoza.

(Caricaturas de Izquierdo Durán.)

LA DEL CONCURSO



AUNQUE Juan Bautista de la Virreya estaba en costumbre, muy antañona, de recibir cartas apremiantes de su gran amigo Eladio, cartas que significábanse al punto con la simple vista del sobre escrito, pues su letra, nerviosa é ilegible, delatábalas; sin embargo, aquellos eran tiempos de mocedad, los veinte años, impacientes y escrupulosos de los muchachos enamorados y un tantico romancistas.

Hoy sí; sí le inquietaba, como entonces se sonreía en viendo carta urgente de Eladio, diciéndose: «Confidencias de escrúpulos tenemos». Pero hoy, dije, que inquietaba á Juan Bautista el envío epistolar de su viejo camarada Eladio. Antaño hacía inocentes consultas de casos amorosos con mozas casquivanas, señoras caprichudas y viuditas románticas, pero coquetas. Eladio, con el infinito número de los mozos enamoradizos ó noveleros que padecen manía de rondar mujeres tenía, además de un corazón pueril, sus ribetes de tonto. «Virreya, amigo, vengo á consultarte si á tal señora, con la que estuve de amores por espacio de tres semanas, debo dejarla y cómo la dejaré».

«Virreya, amigo; ¿quieres decirme cómo me lazaré esta corbata y si te parece bien su color azul para enamorar á cierta mocica enlutada que rondo desde anoche?» Y por este estilo eran las consultas del buen Eladio con el paciente Virreya, que ya lo sufría por costumbre y por un poco de egoísmo conservador. Que Eladio era espléndido y Virreya hampón ó necesitado, y había la discreción, sin mérito, de aligerar con obsequios la carga de sus majaderías ó consultas. Las cuales Virreya resolvíalas según su antojo y el humor que le asistía en aquel momento.

Pero desde que Eladio se casó, para cerca de un año, no se vieron tres veces. Siempre iba de prisa desde que se revalidó de marido. Por fin que Eladio resolvió, al parecer, con casarse el problema continuo de sus tonterías amorosas—pensaba el hidalgo Juan Bautista—. Esa mujer se lo ha resuelto todo. Más vale así. Algunos siguen en esto tan tontos de maridos como de solteros.

Mas á la inesperada cita de hoy, la primera de aquel interregno de su casorio, el excelente amigo Juan Bautista llevaba una viva inquietud y una casi insana curiosidad. ¡Malicia somos, y en malicia todo lo convertimos!

Los dos llegaron puntuales á la hora convenida y al lugar escogido, que era un obscuro y solitario café, de esos pintiparados para platicar de amores, y de negocios, y de intrigas. El citante, Eladio, fué el primero en pedir el consabido café con el sabroso y sacramental acompañamiento de una media tostada, cuya tanto inspira, y soporta, y tapa...

Y como el fumar dicen que es aperitivo de charla é intimidad, y trabazón de ideas, y desembarazante y desvirgador de timideces, é introductor de confidencias, Eladio dió á Virreya el aperitivo de un milagróso cigarro imperial. Y sin intervenir explicaciones del por qué de su ausencia, Eladio comenzó su discurso con voz cuitada y aire compungido.

—¡Cuán diferente es la cita de hogaño á las de antaño! Entonces me asistía el contento y la satisfacción de conversar y reír contigo por «mis cosas». Y pues me consta tu espíritu socarrón y bromero, ruégote ahora, querido Juan, que no chances y me atiendas. Que es suceso grave y encomienda triste la que vengo á hacerte.

No hemos de venir á razonar á desatiempo la causa ó desvarío de mi casamiento tan súbito y desigual de fortuna. Ya sabes que cuando una mujer se nos mete por los ojos y se nos va al fondo, en vez de ser ella, somos nosotros los que caemos y naufragamos, dicho sea en figura ó retórico.

—Sí; ya sé que, además de amor, te acompañaba la vanidad de casarte con una belleza pública.

—¡Por Dios, que no me remuerdas con tus interrupciones!

—Bien, no te impacientes; prosigue, y concluye pronto.

—Para vivir y gozar más en sosiego—continuó Eladio—, los primeros meses de matrimonio, que llaman luna

de miel, dejé en paro mis negocios y agencias. Pero ya llegó la hora de reanudarlos, pues mi caja de ahorros anda en apuros.

Tengo que ganar dinero á más y mejor para esa mujer, que es mi esposa eterna. ¿Sabes? Aspiro á que no le falte el más leve capricho del mundo. Quiero que viaje, que no fáltele á su tornaboda este complemento. ¿Sabes? Parece que véola inquieta y pesarosa de no sé qué. En sueños ella, mientras yo velo, óigola suspirar, revolviéndose con pesadilla en el lecho. A mi Eugenia le falta algo... ¿Sabes? ¡Mira con unos ojos de tristeza los automóviles y los lujosos atavíos de las copetudas damas!...

Sufro como el presagio de un mal irremediable. El misterio de un crimen me desvela, luchando entre el dolor y la necesidad de esta mi ausencia. Todo esto me repercute en la frente, ¿sabes?, nada más que en la frente. ¡Y como soy tan supersticioso!...

¿Y para qué negártelo? Temo dejar á mi Eugenia sola... ¿Y á quién encomendar su celo ó custodia sino á ti? Tú, que siempre me demostraste de sobra ser el único amigo de mi vida... Tú, tan bueno, tan indulgente y tan sabedor de todas mis cosas...

A trueco de pasar por curioso impertinente, quiero, digo, que seas el celador de mi esposa Eugenia. No me repliques. Que no te valdrán las réplicas en contra de mi deseo y necesidad.

Tu cuidado será el de en tiempo en tiempo hacerte el visible en mi casa, como de visita, pidiéndola nuevas mías, y los demás días daraste una vuelta, á ciertas horas, por los alrededores de mi casa, viendo quién entra y sale de ella.

Y si puedes, para más ayuda, hacerte la conquista de la doncella de mi mujer, permiso te doy para ello; es más, te lo agradeceré. Esto me significará que has gusto y celo en servir de custodia á mi honor y mi sosiego...

Eugenia es buena, pero el mundo es malo. Tiene la pobre algunas debilidades. Yo no la escribiré más que de dos en dos días. De modo que si recibe diariamente cartas, juzga que no son mías. Y así me lo informarás. Has de saber que muy de continuo escribenla anónimos adoradores. Aún no pude darme traza de cazar á uno de éstos.

Mi mujer llora y maldice su belleza y la hora en que la hizo tan pública. Jura y rejura que me quiere. Yo callo, la consuelo, haciendo muestra de la fe en su amor á mí. De felicidad, no hablemos, que sería ofenderla. Pero más de una vez sucedió, en estos últimos meses, que por ciertas quisquillas y frialdades, burla burlando, de sobremesa, y porque yo llegué á enojarme gravemente por ciertas «cosas ó rarezas suyas», díjome que ella pudo casarse con un príncipe... Que su fama de belleza la destinaba á tal casamiento. Y como las otras, su dinero, cuando siendo ricas, casan por amor con algún pobrete, ésta échame en cara, á la hora de comer, su premiada belleza... Y un hombre, el más Adonis, siempre resulta feo en estas comparanzas ó alusiones...

—¿Y no tienes más que decirme ó encomendarme que esto?—replicó impaciente y como cansado Juan Bautista.

—Hombre, ¿te canso?

—No, amigo mío. Pero me harás perder la hora de una cita importante. Me esperan á las once. Y ve que son las nueve dadas. Y todavía habré de componerme muy delicadamente. Y necesito tiempo cómodo.

—Aventura ó cita de amor, ¿eh?

—Eso parece, Eladio amigo. En esta hora no sé más que lo que el anuncio decía, que es lo siguiente, copiado de la sección anunciadora de *El Liberal*:

«Señora de belleza distinguida busca amistad desinteresada con joven elegante y de talento.—Lista Correos, tarjeta postal 0.357.691.»

—¡Ay, quién fuera como tú!—dijo suspirante el triste Eladio—. Yo también parto esta noche, á las diez, en un tren de Andalucía. Con que despedámonos. ¡Abur! A tu amistad confío mi esposa. Y anúnciame de cuanto observes de extraordinario en mi casa, ¿sabes?

—Ya que te empeñas, te serviré como hermano. Aunque el papel no sea muy galano, por ser encomendado por ti, pase. Lo serviré con el más discreto modo y cuidado.

—¡Gracias de todo corazón te doy, amigo Juan Bautista! Y se abrazaron.

—Adiós, buen Eladio. Ve tranquilo, y que ganes el oro y el moro.

Y aquí viene el epílogo, rápido, y que pudiera ser sangriento.

Virreya acudió á la cita con todo el pulimento que pudo, bañado y perfumado de lo lindo, según su costumbre de aventurero. Presentía habérselas con una gran señora. La mitad, ó toda su vestimenta interior, muy de lujo, era préstamo de un marqués íntimo suyo.

Era el lugar de la cita un coquetón café del barrio de Salamanca, y la contraseña para el conocimiento de ambos un periódico en la izquierda y un pañuelo en la derecha mano.

Y todo acaeció al pie de la letra. ¡Pero qué noche más horrible pasó el pobre Juan Bautista! ¡Malas noches le esperarán en su difícil vida, que no es nada dichosa que digamos; pero como aquella de su aventura, ninguna peor le sucederá!

La del sol, y no la del alba, sería cuando Juan Bautista hizo como que se despertaba junto á su bella señora de aventura.

—¡Cómo habéis dormido en toda la noche! ¡Parece mentira! Qué, ¿estáis descontento? ¿No os gusté? Mujeres como yo, aunque esté mal que lo diga, pocas entran en aventura... Tú, ¿no me recuerdas? ¿No sabes quién yo soy? Olvida la historia que anoche á duerme-vela te conté. Mírame bien á la cara, á ver si me recuerdas. Que en reconocién-

dome te alegrarás con orgullo de haber estado conmigo, igual que con una reina.

—Pues por más que te miro y remiro no te puedo conocer—exclamó Juan Bautista, saltando al mismo tiempo de la cama y poniéndose á vestir. La rabia y el remordimiento le acompañaban, recordando en aquellos instantes á su triste amigo Eladio.

—Pues si no me conoces, yo te me daré á conocer, para que sepas con quién estuviste tan injusto ó desairoso.

La señora, que Mary dijo que se nombraba, saltó encorajada y desnuda de la matrimonial, y puesta en pie, en el medio de la estancia, dando su escultura á un espejo que que toda la reflejaba, casi gritó á Juan Bautista:

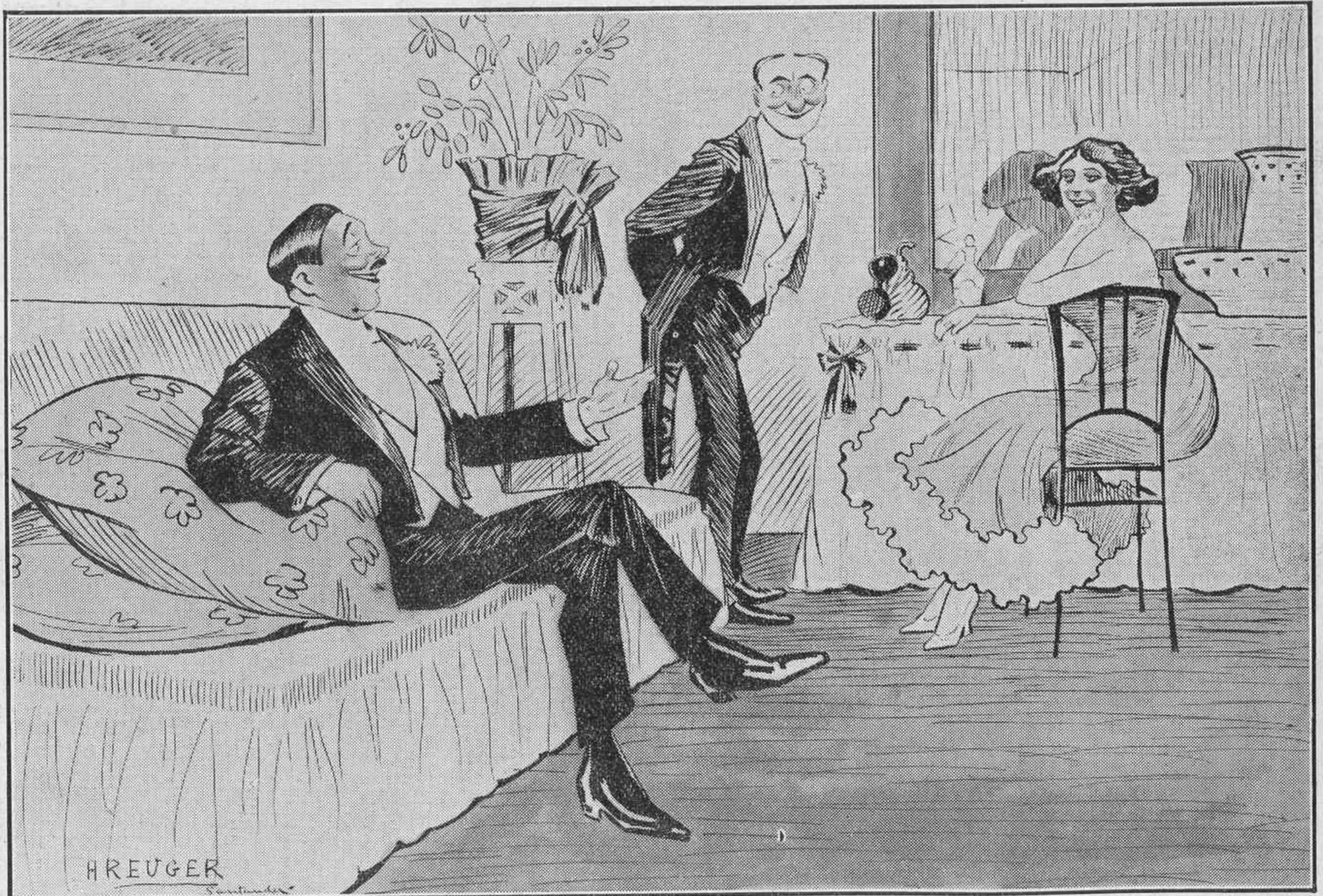
—Míreme, míreme bien esta cara y diga si no recuerda en ella á la que fué reina ó primer premio en un concurso de belleza que hace años se celebró en París. Yo soy la de los 1.000 francos. Y pues ya se acabó el rato de regocijo, dame los 20 duros prometidos.

—¡Veinte duros! ¿Has dicho 20 duros? Vamos, señora, usted si que en verdad no me conoce. En este concurso no os lleváis ningún premio. ¡Anda con la reina de la belleza! Yo que creí haber hecho una conquista real, ¡la primera de mi vida! ¡Qué pena, señora! Si esto supiéralo su enamorado esposo y mi inocente amigo Eladio... Que me lleven, por torpe, á la Comisaría, que yo declararé.

¡Pobre amigo mío, viajando por amor á su mujer, y ella, en tanto, fomentando su belleza!...

Federico Navas.

EN EL CAMERINO



—¡Bravo, muy bien!... ¡Que bien dice usted ese cuplé!
—¡Y qué bien lo mueve!

LA NOBLEZA DE UN QUERER

Zarzuela estrenada con gran éxito en el Teatro Novedades.

Letra de los Sres. Alvarez Díaz y Morales. • Música de los maestros Aquino y Rebollo.

MATCHICHA

Pilar

Es la matchi charm

baile e-le-gante por de-mas los nervios al o-ir-la se

ulpiano

suele ex-ci-tar ¡bengaprontese baile que impaciente estoy

Pilar

ya si ja te bien ue-piano lo que es marchiche-ar

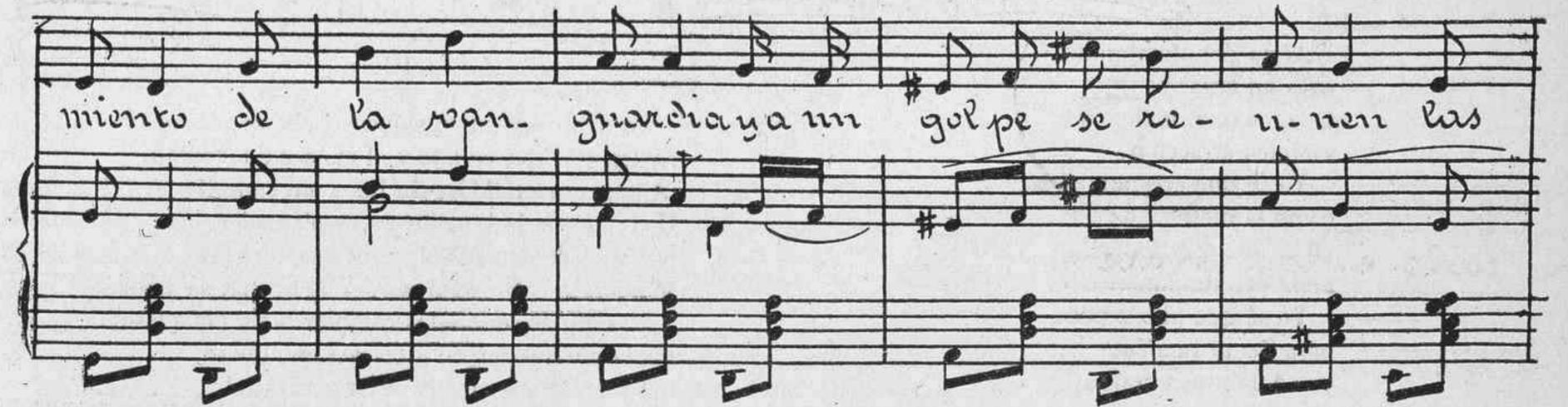
muy despacio

Pri-me-ro se co-lo can a-si los brazos se-

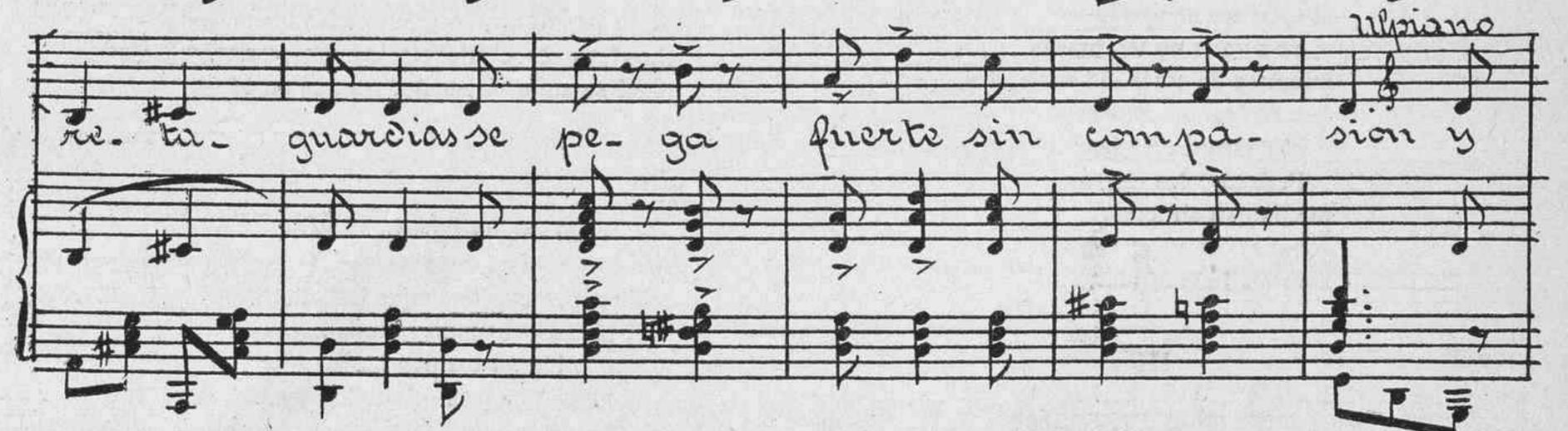
Lento
pi de la pa- - reja un fuerte a- braxo ter- - mina el mori-



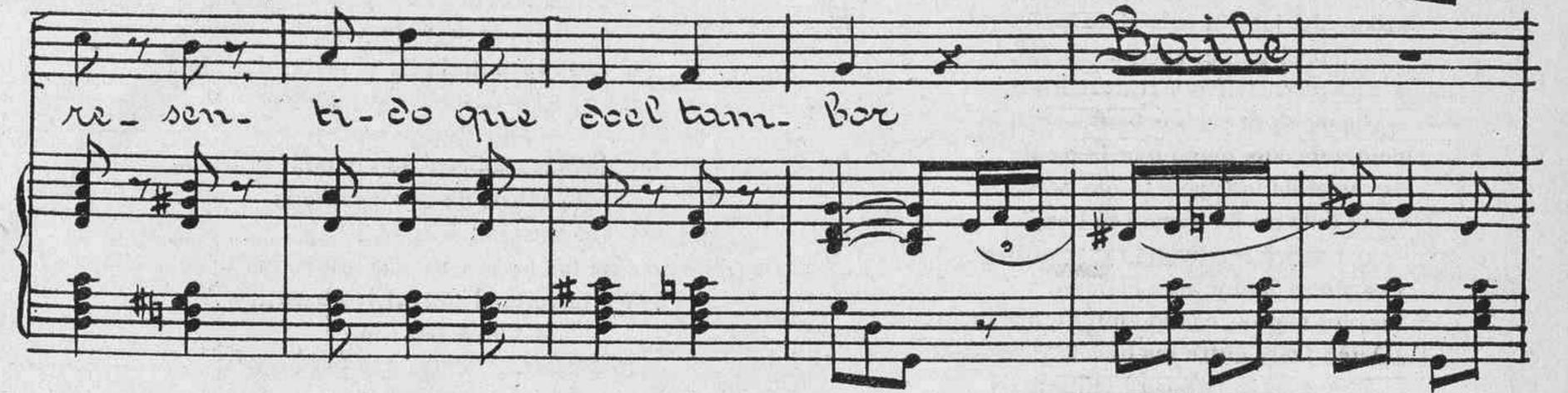
miento de la van- guardia y a un golpe se re- u- nen las



Allegro
re- ta- guardias se pe- ga fuerte sin compa- sion y



Baile
re- sen- ti- do que del tam- bor



(Continuará.)

LECCIONES DE AMOR

I

Diera, hermosa mía, cuanto tengo y valgo;
diera cuanto espero, si aún espero algo;
diera cuantos bienes voy dejando atrás
por tener ceñida tu cintura esbelta,
por besar tu rubia cabellera suelta
y porque tus ojos me pidieran más.

II

Alma del alma mía:
para mi corazón
tus ojos negros tienen
satánica atracción.

Yo sé que eres mudable,
como la niebla fría;
yo sé que eres indócil,
alma del alma mía.

Yo sé que puedo poco
para llenar tu afán;
yo sé que tus abrazos
al cabo me ahogarán.

Yo sé que no te abrasas
mientras de amor me enciendes,
que de favores mudas
y á la virtud ofendes.

Pero tus ojos negros
me llaman sin cesar,
como al ocioso el vicio,
como la luna al mar.

III

Tienes dulce mirar, paso resuelto,
aroma del jazmín más oloroso,
sencillez elegante, cuerpo esbelto,
gracia provocativa y rostro airoso.

Blanco es tu pecho como virgen nieve;
pero abrasa la mano que lo toca;
es cárcel de la gracia tu pie breve;
tiene dulzura de la miel tu boca,

Tus caricias subyugan y arrebatan;
tu seno incitador abre el deseo;
tus ojos negros, cuando miran, matan...
¡Quién fuera entre tus brazos Prometeo!

Tu cuerpo deja por su gallardía,
pasando por el prisma del vestido;

tus labios un pintor no soñaría;
es música tu voz para el oído.

Sé que es azul la sangre de tus venas,
que por beberla y aspirarla muero;
que todos hablan mal de tus cadenas
y todos quieren ser tu prisionero;

que el alma dejas á tu ley rendida;
que tu debilidad vence al más fuerte...
¡En tus brazos vivir! ¡Qué mejor vida!
¡Y en tus brazos morir! ¡Qué mejor muerte!

IV

Yo adoro los amores que los poetas cantan.
Apártanme del mundo y al cielo me levantan.
¡Amores escondidos, sin luz y sin rumor!
Huyendo de la luna los rayos plateados,
por anchas alamedas los dos enamorados
se pierden entre sombras donde ocultar su amor,

Nostalgias celestiales componen su embeleso;
los labios sustituyen á la palabra el beso;
del corazón los ojos parecen manantial...
Si un pájaro murmura, su canto les molesta...
¡Los bosques, el silencio, la noche, esa es su fiesta!
¡Será su amor un sueño, pero es un ideal!

V

Si sólo sabes repartir favores;
si para los amores
no pones más imán que la belleza;
si tomas por amores verdadero;
los gustos pasajeros,
la rabia loca y la oriental pereza.

Si reservas la gracia y la hermosura
para la orgía impura;
si va tu instinto hacia el placer derecho;
si no forjas ensueños y quimeras;
si sólo el goce esperas
y tiembles sólo cuando tiembla el lecho.

Si sólo sabes, de gozar cansada,
suspirar fatigada,
ó de tus joyas entregar las llaves
y retorcerte al convulsivo beso...

Si sólo sabes eso,
¡profesora de amor, qué poco sabes!

Ricardo J. Catarineu.



EL DELIRIO DE LA MODA

¡Pobre Margarita! ¡Qué bien recuerdo sus últimos instantes de lucidez! La vi sentarse junto al balcón, hojear *El perifollo sensible* (semanario de modas) y leer en voz alta lo siguiente, escrito sin duda en serio, aunque no lo parezca.

“Con la primavera vienen imposiciones de su majestad la Moda que son de una importancia indiscutible, de una trascendencia infinita, de una necesidad abrumadora.

Créanlo mis *fashionables* lectoras; sin lograr la *silhouet á la mode* no es posible la dicha; sin fruncidos en las faldas de *corscrew*, no hay que esperar la regeneración de la patria; sin encajes de *chantilly* ó adornos de *crema*, no puede haber dulzura en los caracteres.

Pasan de 30.000 las cartas que he recibido estos días felicitándome por la descripción que en el número pasado hice del *salto de cama*, *chuberno draperie cucú*, calificado así por la celestial escritora madame Pilongais que, hoy por hoy, es la más *corscrew* de las aristócratas sensacionalmente cosmopolitas.

Así como la semana anterior me extendí en estas páginas sobre el renacimiento, pensaba hoy haberme extendido sobre Luis XIII. Hubiera querido dar más *batas*, hubiera querido dar más *saltos*, hubiera deseado poder hablar largo y tendido (ó por mejor decir, larga y tendida) *sur l'engonemaut du jour en la France*, ó sea, sobre la ingerencia de los herretes en co-

batas, mangas y pasamanerías y la influencia de este adorno en el equilibrio europeo y hasta en las variaciones atmosféricas. Pero, ¡ah, lectoras amabilísimas!, el tiempo y el espacio me ahogan y habré de limitarme por hoy á recomendaros una *toilette de soirée* que ha llamado poderosamente la atención en los mejores salones de *Ruisseau du Porc*.

El estilo del traje parece al pronto prerrafaelista, es decir, anterior á *Lagartijo*; pero no, más bien es Luis X, que, como sabéis, tira á Luis XIV, sin llegar á Luis XV, pero tocando algo en Luis III.

El traje no puede ser más sencillo. La falda es de terciopelo *fantaisie* de un tono semejante al *concombre* de Leganés, con franjas de seda color frenesí.

El corpiño es de muselina color Weyler por detrás y con susurros crema por delante, crema que viene á caer en la boca del estómago, quedando allí recogida por un cinturón de cuero incipiente.

Sobre el corpiño, bolero ó *purpoint*, que puede ser sustituido por una manteleta Luis XII pálido, ó bien por una sobrepelliz forma *Lulú*, van aplicaciones misteriosas de *bon jour* frapé muy plegado, aunque de todavía más *chic* el artístico rebuño Enrique IV de encaje para las jóvenes des-encajadas de quince á cuarenta y ocho años, siendo complemento de la prenda un par de solapas de moqueta *sans esperance* con picos pardos Luis XX cuajados de *petites lentilles sans demeurants*.

El cuello del vestido está formado por

diminutas plumas de cocodrilo modernista, salpicadas de *grands boutons* de pasta de guayaba, y aún mejor, de hueso *d'enfant gothique*. Esto es lo elegante.

La *draperie* y la parte *bonffante* de las mangasson precisamente de *toile d'araignee* con *champignon*. Su hechura, *chache-pot* puro con bullones negados, puños cerrados, faroles á la veneciana en los hombros y bocinas en los codos para las damas que hablen por ellos.

El color de las mangas varía. Lo más distinguido es matiz *pomme de terre* para las gruesas, y jamón con tomate para las delgadas.

¡Ah! se me olvidaba advertir, ¡*pardón madames!*, que la falda, además de su *volant* Luis XXX guarnecido de *fleurs bons pour le cœur*, lleva mucha cola, sin la cual no podían ir bien pegadas las tablas de que consta en su parte trasera. En el centro de ésta van pliegues en número indeterminado, y, finalmente, en la región abdominal, por la parte exterior, va un lazo *delirantemente* espléndido de rico *cachemir honteux* color verde Nilo para las solteras, y pardo Abroñigal para las viudas...

Al llegar á este punto Margarita ya no pudo seguir. Cerró la boca y arrojó el semanario. ¡Pobrecita! ¡Se había vuelto loca!

Juan Pérez Zúñiga.

Por esos mundos

Por la calle desfila una caravana de húngaros. Pasa primero un hombre viejo y melencólico que, acompañando el ronco sonar de un pandero con un gruñido monótono, hace danzar á un oso restallando el látigo en el aire.

Los chicos saltan y gritan alborozados, y en los balcones la gente ríe...

Sigue al hombre una mujer, todavía joven, que lleva á cuestas á un chiquillo grasiento y escuálido metido en un saco que tiene ella sujeto á las espaldas, y también con un pandero hace dar á una mona piruetas en el aire, provocando en todos la risa. ¡Santa puericia!

Por último, á poca distancia, va la gitanilla, que todo el día baila. Su cara es morena y flácida. Los pelos, cortos y lacios, ruedan por su cabeza y caen sobre su frente hasta ocultar casi sus ojos, sin brillo ni expresión...

Al reparar en su figura, ignoro por qué causa, viene á mi memoria el recuerdo de la gitanilla que inmortalizó Cervantes con letras de oro.

Se conoce en el semblante de la gitana de hoy que pasa hambre y frío... No encuentra, de seguro, en su tribu la alegría, las caricias de la otra gitanilla. Vestía aquella típico traje con abalorios y calzaba chapines de raso... Esta va descalza, y sus pies menudos están arañados por los

guijarros. Subía aquella á los palacios para fruición de los ricos, y era obsequiada con dulces y licores y ropas, y recogía en pago de su divertimento algunas monedas blancas. Marcha ésta por las calles y plazas pisando el barro y la nieve, medio desnuda, bailando sin gracia ni alegría al son monorrítmico de unas castañuelas. Y luego, cuando la noche llegue, se refugiará bajo un puente húmedo y frío alrededor de una hoguera, para comer un poco de pan, ni tierno ni blanco...

Pero la gente frívola, encantada de la vida, ríe, ríe siempre...

La tarde rubia y dulce de un día de Octubre se hunde poco á poco en la penumbra azulada del anochecer. Se retira la gente de los balcones... Se encienden las luces... Los casinos y cafés arrojan al exterior el resplandor de su alumbrado, y los faroles de gas iluminan con luz blanca quecina las calles.

La gente acelera el paso para recogerse á sus casas, y yo, empujado por el frío, me retiro á la mía, y al arrellanarme en una butaca y recibir el aliento cálido de la chimenea, me acuerdo de la gitanilla, que descalza, triste, con hambre y frío, sin amor ni ideal, tomando forma borrosa en su memoria, así como el recuerdo de un hogar de donde fué quizás arrebatada á las caricias de una madre todavía niña, marcha sombría por la carretera para esconderse en los suburbios de la gran ciudad, que, orgullosa de riqueza y esplen-

dor, arroja de su seno á algunos seres que como aquellos, pasan insignificantes por la tierra sin preocupar á nadie, balanceándose en el mar de la vida, como tablas viejas de un roto navío en las aguas inmensas de un Océano...

Demófilo Puerlas.

CANTARES

M. riposas blancas,
qué retebonitas...
ellas dan bienestar á las almas
y luz á la vida.

Calor en el viento
perfume en la flor;
es la primavera tan retebonita...
que causa dolor!

Cuando las estrellas
brillan en el cielo
¡hasta el airecillo que nos da en la cara...
nos habla de besos!...

Gloria de la Prada



ADOLFO SÁNCHEZ CARRERE

(Caricatura por Izquierdo Durán.)

Coco de grata memoria
que, tras de ruda pelea,
logra pesetas y gloria
con *El volfo de Guinea*.



—¿Y para esto me he casado?... ¡Vaya una sombra que tengo!...

PLUMADAS

El hombre que no ha pecado
siete veces por lo menos,
ó no comprende la vida,
ó tiene muy poco seso.

¡Qué brillantes son tus lágrimas,
chiquilla del alma mía!
¡Qué brillantes!... cuando tienes
la cara un poquito limpia.

Yo predico al lector frecuentemente
nobles consejos de moral muy sana;
pero después, á espaldas de la gente,
¡pchs!, suelo hacer lo que me da la gana!

La boca de la mujer
es un tesoro sin par...
que todo lo echa á perder
cuando empieza á murmurar.

Viéndome desengañado,
quise quitarme la vida;
pero desistí de hacerlo
porque... "no me convenía".

¡Qué vida tan dolorosa
y qué mundo tan amargo!
(¡Qué mal vivimos los vates
que no tenemos un cuarto!)

José López Jiménez.

Los pájaros cantan

«Para Mary.»

Se vieron por primera vez en una tarde de Mayo, en un momento en que, huyendo del tirador de un golfillo, se posaron ambos en una rama.

El pobre pajarillo, sobresaltado aún por la proximidad del peligro, se quedó estasiado al contemplar á aquella hembra, que, como él, huyendo de una muerte cierta, se había refugiado en la espesa copa de aquel gigantesco pino.

Se miraron, se creyeron más fuertes y seguros al verse juntos, y con cadenciosos y alegres gorgoritos se declararon la pasión, que tan repentinamente sentían sus pequeños corazones.

Desde aquel día vivieron juntos. No dieron tregua á sus pequeñas alas, hasta que vieron terminado su nido en aquel

árbol, al que veneraban, por haberles salvado la vida con tanto desinterés.

Vivían tan felices y queriéndose tanto, que eran envidiados por los vecinos gorriones y jilgueros.

Un día, día feliz, en que la dicha llegó al extremo, vieron moverse bajo la pechuga de la hembra á dos pollitos, á dos cachitos de su alma y carne, el fruto de su amor verdadero y santo.

Fué un día de tremendo ajeteo para el pájaro macho, que no dió reposo á su cuerpo hasta que vió callados á aquellos nuevos seres, que con su piar incesante demandaban un poco de alimento, que él supo encontrar para consuelo de su hembra, satisfacción de sus polluelos y orgullo y tranquilidad propia.

Transcurrieron los días á cual más felices, á cual más alegres.

Una tarde salieron los padres en busca de alimento para aquellos hijitos, á quienes querían tanto como á sus propias almas.

El regreso fué horrible; un drama, un mar de tristeza y agonía. El nido y su pequeña cría habían desaparecido del árbol, quizá arrebatados por la mano de un golfillo cruel y mal almado.

Volvieron á mirarse, como aquella tarde en que se vieron por primera vez; necesitaron más su mutuo cariño para consuelo de sus cuitas, y uniendo sus picos se dieron un beso muy largo, muy dulce, rompiendo á llorar, con sus trinos más tristes y angustiados, aquella gran desgracia que deshizo su dicha, su cariño y su hogar.

Pasán bajo las amplias ramas de aquella espesa copa un par de enamorados que, juntos, muy juntitos, cogidos de las manos, se miran y se hablan con infinito amor. Se paran bajo el árbol, y ella, con voz de música, dice quedo, muy quedo, al hombre que ella adora:

¿Oyes qué alegres cantan los pajarillos?

José Campo Cubillos

SUSPIROS

¡Dices que no sé querer
y dices que soy *mu fría*...
A tí no han *debido* quererte
más que mujeres *perdidas*.

¡Me ajogo y me muero,
me muero de pena
que la personita por la que yo pensé
se va de mi vera!..

Fausto.

COPLAS

I

¡Cómo comprenderte, chata':
si te doy besos, me pegas;
si no te beso, te enfadas...

II

Pa que veas que te quiero,
te regalaré unas ligas,
por ser lo que más lucís
las mocitas de hoy en día.

III

¡He de escribir una *copla*
con una *lágrima mla*
para *gravarla en tu fosa!*...

Manuel Molina Ambite.



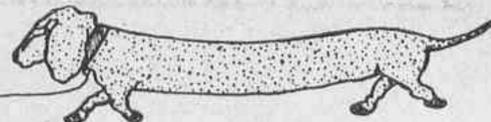
J. V. L.—Madrid.—En primer lugar se le agradece su "inveterada costumbre," de comprar todas las semanas MADRID COMICO. En segundo lugar, hasta ahora no se han recibido esas *Peregrinas aventuras de un provinciano en la Corte*, y en tercer lugar... siento decirle que no me han hecho ninguna gracia las tales *aventuras*. Y como es posible—¡y tan posible!—que tampoco le hagan gracia al público, pues... ¡velay!

R. S. C.—Madrid.—Habrán merecido la aprobación de quien usted dice; pero, con aprobación ó sin aprobación, le aseguro á usted que el tercer soneto del *Trip-tico* está infamemente medido. ¡Que conste!

J. A. O.—Madrid.—Las *Humoradas* se publicaron ya; en cuanto á la *Íntima*... era va al costo de los papeles.

M. F.—Madrid.—Una *malta interpretación* es la que usted ha dado á las más rudimentarias reglas de la Poética, mi amigo. Pero hombre, ¿usted tiene el oído de cemento armado?

F. L. S.—Madrid.—¿Qué le han hecho á usted las flores para que las *coloque* usted toda una sarta de insulceces?



INFORMACIÓN TEATRAL

Aplaudo, con el brillante cronista y popular autor Joaquín Dicenta, la interesante circular que el Sr. Méndez Bejarano ha pasado á los maestros de escuela recomendándoles que se enteren de los asuntos que presenten en las películas cinematográficas antes de llevar á los niños á disfrutar del grato espectáculo que les proporciona el *cine*, cuando en éste no dan á conocer cintas de pésimo gusto, reproduciendo escenas tristes, horripilantes, sangrientas...

En el cinematógrafo se debe entretener á las criaturas con pasajes animados, instructivos altamente cómicos, sin que en ninguno asome la navaja, el puñal ó la pistola.

A la vez que Dicenta se ocupaba de ensalzar la determinación del Sr. Méndez Bejarano en una crónica de *El Liberal*, que la titulaba *Las ramas y el tronco*, el ilustre autor de *Juan José* manifestaba su protesta de que los niños menores de trece años acudan con frecuencia á los teatros, por la sencilla razón de que les favorece muy poco respirar la atmósfera que se forma en los coliseos, y, sobre todo, en determinadas localidades.

He aquí uno de los párrafos de la hermosa crónica de Dicenta:

"Los niños, antes de esa edad—ya hemos dicho que menores de trece primaveras—sólo necesitan aire, luz, campo donde correr; para recreo de sus ojos bastan árboles, flores, rayos de sol; combinaciones de las nubes en sus giros bajo lo azul; canciones de pájaros entre las ramas verdes; murmurios de arroyos y de ríos en su viaje revoltoso hacia el mar; estruendo de olas al quebrarse contra las peñas; sonos del aire al arrastrarse por las hierbas, al azotar los troncos centenarios, al remolinear por atmósferas de libre y serena amplitud... Este espectáculo de la Naturaleza es el único propio para los niños. Da salud á sus cuerpos, fortaleza á sus voluntades, ejemplos sanos á sus inteligencias..."

Sobre poco más ó menos vengo yo á decir lo mismo—naturalmente que no tan bien expresado—en un capítulo de mi libro *De telón adentro*, que lleva por título *Los niños en el teatro*, en donde hacen la misma falta que los perros en misa, como vulgarmente se dice...

Copio de mi libro:

"No me parece que las salas de los coliseos sean lugares muy á propósito para que los niños menores de ocho años permanezcan horas y horas respirando una atmósfera viciada, perjudicialísima para la salud, según testimonio de reputados higienistas, refrendado por el sentido común.

Aparte de lo poco que pudiera beneficiarles permanecer en locales cerrados donde se aglomeran las gentes, esos niños, las más de las veces, causan molestias á sus papás, y, lo que es más sensible, al público en general.

No pasa día sin que en algún espectáculo que presenciemos no se le ocurra á alguna angelical criatura "coger" una rabieta, ya porque sienta necesidad de "jugo lácteo", ya, si es mayorcito, porque la función que se representa ofrezca en ciertos momentos pasajes de efectos violentos, que les impresiona y llena de espanto; en este caso, el susto y la impresión recibida les dura bastante tiempo, proporcionándoles ratos malísimos, que quién sabe si pueden acarrearles fatales consecuencias."

¿Me aparto de la lógica en mis apreciaciones, lector benévolo? Creo que no, si se tiene en cuenta que plumas más autorizadas que la mía demuestran el error que padecen las personas que llevan á los nenes al teatro, con el placentero fin de concederles unas horas de divertimento, vamos al decir, que repetidas veces terminan tales fiestas con la visita del médico y los *potingues* de las farmacias...

Luego, mirándolo por el lado egoísta, tenemos las frecuentes molestias que proporcionan las criaturas en el teatro al público en general con sus llantos y gritos, llegando á poner en peligro algunas obras en noches de estreno, ó, por lo menos, destruyendo el efecto é interés de cualquier escena, por las interrupciones á que dan lugar con la candorosa inocencia que les disculpa.

En España cuando algún "chiquitín de la casa" protesta á su modo de hallarse en el teatro, solemos sisear y decir en voz alta: "¡Fuera!, ¡á la calle!, etc. En Francia son menos transigentes, y vociferan indignados en el idioma del "cacareado" autor de *Chanteclair*:—"Que lo estrangulen"... Yo no pido que se estrangule á ninguno ¡no hay derecho!... Lo único á que sí me atrevo es á suplicar á los cariñosos padres que lleven sus monísimos retoños á otras distracciones que no sean teatros ó cines...

Prueba evidente de que los niños no están llamados á ir á tales espectáculos, lo ha venido á demostrar, desgraciadamente, el plausible intento del eximio Benavente, dedicándoles un teatro especial de admirables obritas exprofeso, *ad hoc*. ¿Qué sucedió? Todos lo sabemos, fué escaso el público infantil que acudió al Príncipe Alfonso, hoy convertido en cinematógrafo de los mejores.

Para terminar, copiaré de nuevo otro párrafo de mi mencionado libro *De telón adentro*, que corrobora perfectamente con lo escrito por Joaquín Dicenta:

"A los tiernos infantes todo lo que sea cortarles su libertad, privarles de enredar y de hacer "chiquilladas", viene á ser "poco menos, que un crimen, y se me antoja que ningún padre debe sentirse criminal para con sus hijos. A éstos les sienta mejor un delicioso paseo por la Moncloa, por el Retiro, por el campo, por sitios en donde, además de respirar ambiente puro, puedan correr, chillar cuanto quieran, diablear á sus anchas, sin molestar á nadie, que es lo que se trata de demostrar; pero... ¿encerrarlos en un teatro?... ¡No, por las once mil vírgenes! Y menos de noche, que deben estarse tan ricamente en la cama..."

¿Se darán por enterados de todo lo descrito los padres de familia que hayan tenido la paciencia de leerme? ¡Dios lo quiera!... Veremos.

Colirón.

Habiendo estado ocupadas todas nuestras máquinas, á causa de la extraordinaria tirada del número Almanaque de la revista ¡AHI VA!... no nos ha sido posible servir á su debido tiempo los números de ARTE TAURINO y MADRID CÓMICO correspondientes a esta semana.



PIPERACINA

L'opis



¡ Parece mentira que siendo
V. tan joven, esté tan achacoso!
Tóme V. esta **Piperacina**
y correrá como un automóvil...

Ferraz
1 Y 3
(FARMACIA)

Donaz